

Prólogo de La Sota

Crónicas de un barrio rojo, de Luis Luchín Gutiérrez

Por Felipe Moncada Mijic

Luis “Luchín” Gutiérrez ha sido testigo de una época con gran agitación social en Chile: cambios radicales en la economía y la política, así como la modernización de su ciudad, que de ser principalmente agrícola y comercial, se industrializa, decae, se reconstruye y pasa de una agricultura tradicional a la era de la tecnología. Y más allá de los grandes hechos de la historia, ha preferido narrar el mundo que habitó y que ahora es una galería de fantasmas. Nos referimos al barrio rojo de Talca, La Sota, muy popular en sus años de apogeo, los que recorrieron casi todo el siglo XX, para ir lentamente muriendo, junto al fin decretado por la dictadura para la bohemia popular, y terminando su existencia con desoladores terremotos que borraron el barrio hasta sus cimientos.

El autor de estas crónicas —o cuentos testimoniales—, ha sido obrero metalúrgico, tornero, fabricante de escobillas y tambores, escritor y vendedor de libros, y no sea esto una mera anécdota, sino que sirva para comprender que sus observaciones poseen el don práctico de quien sabe “hacer las cosas” y carecen de idealización literaria, aunque no por eso la fantasía está ausente de estos relatos. Gracias a una memoria privilegiada y una gracia natural para relatar, nos da cuenta de variados tipos humanos, con un sarcasmo humorístico donde el habla popular fluye naturalmente, pero también con una ternura que lo hace fijarse en detalles pequeños de la vida cotidiana, lo que carga su relato de gestos humanos. La impresionante galería de personajes que habitan este libro (“pícaras mujeres”, cabrones, campanilleros, dueños de burdel, clientes, policías, travestis, músicos, “choros”, delincuentes, regentas, etc.) y las anécdotas sabrosas que encontrará el lector en estas páginas, nos recuerdan los mejores momentos de la literatura social en Chile, donde el propio mundo popular se encarga de dar cuenta de su existencia.

El estilo de Luis Gutiérrez es el del cronista hábil, que sabe cómo arrancar una risa al lector, aun contando situaciones sórdidas, o de una crudeza que no acepta eufemismos. Los personajes que desfilan por estas páginas, están fuera del canon que la sociedad propone como buena conducta, por eso puede herir la sensibilidad de algún lector o lectora, ya que la manera de referirse a las situaciones, es la que emana de las propias expresiones populares del mundo narrado, prefiriéndose la veracidad al maquillaje.

Los relatos que se ofrecen al lector, son un testimonio de época y de lenguaje; las expresiones usadas y las situaciones narradas, pueden estar en conflicto con una ética de género, pero tenga presente quien se interna en estas páginas, que este narrador es también un testigo, pues formó parte del mundo narrado, De este modo, es la sociedad que hizo posible el universo de *La Sota*, la que de alguna manera habla por él. Como editorial hemos querido ser fieles al espíritu original del texto, omitiendo juicios sobre las formas de entender y expresar dicho mundo. Así, más allá de que presente o no, nuestra visión del mundo representado.

Por otra parte, es interesante la experiencia del autor, como vendedor de la primera edición de *La Sota*, nacida en una imprenta barrial de Talca, como se refleja en el siguiente extracto de su reciente publicación *Un viaje como el de tantos*:

“En esto de ir y venir, ofreciendo mis modestos trabajos literarios, emulando a Pablo de Rokha, encontré situaciones que no dejaron de llamar la atención, por lo paradójal.

Siempre pensé que en los profesores de Chile, encontraría interés y aceptación de mis libros, por lo tanto serían ventas seguras, por lo que fueron varias las escuelas básicas que visité por este motivo, siempre sacando cuentas alegres, pues estaba obsesionado con la idea de que los profes eran buenos lectores. Desgraciadamente estaba muy equivocado, malos pa` leer los teacher, en cambio, aquí está la paradoja, más de algún auxiliar de estas escuelas mostró interés, especialmente por *La Sota*, comprando el ejemplar correspondiente. Seguramente, en este muchachito, al leer el título, acudieron a su mente recuerdos de momentos de felicidad en la calle de las pícaras mujeres, la que hoy es parte del pasado, solamente recuerdos es lo que queda de ella. En todo caso, la actitud de los profesores es bastante comprensible: ganan sueldos miserables que no se condicen con la importancia que tiene su profesión (...)

Creo que vale la pena un alcance por las reacciones tan diferentes de personas al momento de ofrecerles La Sota.

Para algunos era un tema tabú, para otros, como que esperaban un libro que hablara de la calle pecadora. Los primeros se escandalizaban, faltaba poco menos que se persignaran y repasaran el Ave María, con expresiones como: “no poh, si yo nunca fui pa` ninguna de esas casas”, igual que hubiese sido pecado haberse pegado una arrancadita, para divertirse de una manera tan diferente por lo alegre y sabrosa. No supo lo que se perdió el cartuchito falto de adrenalina chimbiroquera. No agarraba papa ni en las fiestas con los compañeros de trabajo, o en alguna comilona con grupos de amigos, donde el final de fiesta era donde las pícaras mujeres, que era lo que correspondía pues.

En cambio, en otros personajes, su reacción era totalmente diferente. Como si de improviso hubiese retrocedido en el tiempo, para encontrarse nuevamente con las minas del recuerdo, en una de las tantas noches de jarana en compañía de las ninfómanas talquinas, por lo que el libro era adquirido inmediatamente.

(...) Con las mujeres a las que ofrecí el libro, ocurrió más o menos lo mismo. Algunas sí que se persignaban para no ser tentadas por el pecado de la lujuria y el desenfreno que esperaban encontrar en las páginas del insinuante libro. En cambio, otras pécoras, se cagaban de la risa y expectación por lo que esperaban encontrar en él. Cosas que ocurrían en las casas de putas, de las que solamente conocían de nombre y de las que, a lo mejor, llevarlas a la práctica en el momento que se presentara la ocasión, por lo que, ni se arrugaban al comprar el libraco.

Todas las situaciones experimentadas durante el tiempo en que me las di de vendedor de libros, sirvió para darme cuenta de una triste realidad. En este país, a la lectura muy pocos la pescan. Cuesta mucho vender libros, más aún si el autor es un tanto desconocido (Luis Gutiérrez, por ejemplo), pero lo importante es aportar a la cultura de los pueblos (...), razón por lo cual estoy en esto de la escritura, aunque sea muy modesto mi aporte, pero algo es algo, como dijo aquel pensionado al cobrar las escuálidas lucas de su pensión, las que apenas le alcanzan para subsistir.”

Es preciso señalar, que el lenguaje que se desarrolla en estas páginas, es el de la calle del siglo XX, por lo mismo es un registro histórico, donde las expresiones, los apodos, los nombres de los lugares, objetos y situaciones, dan cuenta de una imaginaria lingüística propia, y que de la misma manera que el barrio La Sota, está en vías de desaparecer. Sirva esta publicación como testimonio o registro de un momento del habla, en un tiempo y lugar determinado. Si en 100 años más, alguien quisiera saber cómo se hablaba en los barrios “pecadores” de las antiguas ciudades de Chile, sin duda podría acudir a libros como este, para quedar al tanto.

La Sota se publicó por primera vez en una limitada edición de 200 ejemplares. Debido a su gran aceptación y al interés que ha generado entre la comunidad, es que se reedita gracias al financiamiento del Fondo del Libro y al trabajo de Ediciones Inubicalistas. Esperamos que sea un aporte para la literatura actual, un acercamiento a una estigmatizada realidad social, y que sirva además de entretención, asombro, risa y reflexión, ayudando así a que una época y un lugar, no se desvanezcan en la mala memoria de Chile.

Valparaíso, marzo 2016